

## Domingo de Ramos – 24 de Marzo - Año B

Is 50, 4-7; Ps 21; Ph 2, 6-11; Mc 14,1-15,47



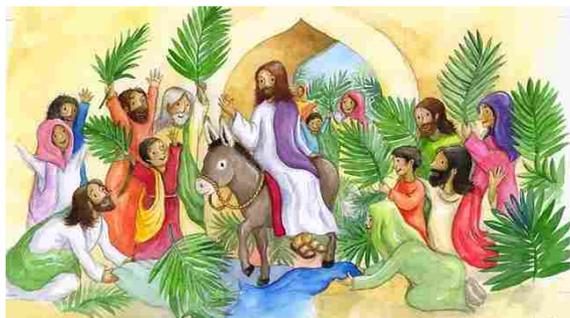
Queridos amigos, hermanos y hermanas, hoy la Iglesia nos invita a vivir un domingo especial: el domingo de Ramos, que evoca la llegada de Jesús a Jerusalén. Es un domingo considerado como una gran puerta que nos introduce en la Semana Santa. La Semana santa es el eje central del año litúrgico que culmina los cuarenta días de Cuaresma, en los que los cristianos conmemoran el combate de Cristo contra el mal y su muerte en la cruz. Comienza el domingo de Ramos y termina la noche de Pascua, antes de la Resurrección de Cristo. Tendremos que vivir el Jueves Santo donde se conmemora la traición de Judas y la Última Cena donde Jesús instituyó la Eucaristía;

el Viernes Santo es para los cristianos el día más triste y doloroso del año: recordamos la agonía y el sufrimiento de la detención de nuestro Señor Jesucristo, su juicio y su muerte. Es un día muy especial sin Misa ya que Jesús ha muerto. Y la noche del Sábado Santo viviremos la principal celebración cristiana del año: «la Vigilia Pascual» donde conmemoramos la Resurrección de Jesús, su Victoria sobre la muerte y el pecado: el triunfo del Gran Amor. ¡Realmente os invito a vivir esta Semana Santa con un corazón abierto y confiado en la gracia de la vida en Jesús!

Este relato de la Pasión que encontramos en Marcos nos muestra el choque de dos mundos casi opuestos. Jesús vive en el mundo de la luz y de la verdad, un mundo de justicia e inocencia, de libertad, amistad y oración. Este mundo de Jesús se enfrenta frontalmente al mundo que estamos acostumbrados: el mundo de la mentira y de la astucia, de la cobardía y de la traición, de la violencia y del asesinato. A primera vista, podemos decir que este mundo del pecado y de la muerte parece triunfar sobre el mundo de la justicia y de la libertad. Si la Iglesia nuestra Madre nos hace revivir el drama que vivió Jesús es para recordarnos que, con su pasión y resurrección, Jesús hizo triunfar al mundo de la luz y de la verdad, de la inocencia y del amor, de la libertad, de la amistad y de la oración.



¡Este domingo nos invita a la Fe, a la recuperación después de nuestras diferentes negaciones de Jesús como Pedro! Habéis visto que, ante el miedo a la muerte, Pedro afirma no conocer a Jesús. Es incapaz de confesar su fe hasta el final. ¿No nos avergüenza, en ciertas circunstancias, confesar nuestra fe para evitar las burlas del entorno para no escandalizar? ¿Evitar por poco las burlas de unos y otros? ¿Quizás querer ocultar nuestra identidad como cristianos? ¿Avergonzarse de hacer la señal de la cruz en público, de llevar una medalla, un pequeño crucifijo, un rosario? Un cristiano es un testigo: ¡misionero de este amor de Dios! San Luis María de Montfort decía: «El que ama hace maravillas y hará lo que quiera» ¡cántico 5,17 a! ¿Estamos verdaderamente orgullosos de ser cristianos y de confesar nuestra fe en toda circunstancia? Pedro lloró después de haber negado a Jesús. Derramó lágrimas de penitencia. Y nosotros, cuando pecamos, no nos quedamos en el suelo, tengamos el valor de levantarnos, de llorar por nuestros pecados y de seguir adelante. ¡Abramos nuestro corazón al redentor, dejémonos amar! Santa Teresa de Jesús decía: «vivir de amor es navegar sin cesar. Sembrando la paz, la alegría en todos los corazones. »



Que el domingo de Ramos sea para nosotros el día de la decisión, la decisión de acoger al Señor y de seguirlo hasta el final, la decisión de hacer de su Pascua de muerte y resurrección el sentido mismo de nuestra vida de cristianos. «Cuando se ama no se calcula», decía la pequeña Teresa! ¡Amemos a nuestros hermanos y hermanas, amemos a nuestro Señor!

**¡Que el Señor nos ayude y nos bendiga a todos, Amén!**

*Éric MANIRAKIZA, smm*